

RAFAEL ALBERTI (EL PUERTO DE SANTA MARÍA, CÁDIZ, 1902-1999)

244. «SI MI VOZ MURIERA EN TIERRA...»

A Rodolfo Halffter.

Si mi voz muriera en tierra,
llevadla al nivel del mar
y dejadla en la ribera.

Llevadla al nivel del mar
y nombradla capitana
de un blanco bajel de guerra.

¡Oh mi voz condecorada
con la insignia marinera:
sobre el corazón un ancla,
y sobre el ancla una estrella,
y sobre la estrella el viento,
y sobre el viento la vela!

(Marinero en tierra, 1925)

La poesía de Rafael Alberti se caracteriza, ya desde este su primer libro, por la variedad y el virtuosismo formal. En breves poemas de metro corto, llenos de luz y color, el poeta expresa, durante su estancia en Madrid, la añoranza del mar de la infancia, la luminosa bahía de su tierra natal, que fue su paraíso perdido y siempre anhelado: «Yo nací junto al mar. Yo sigo siendo un poeta del mar... Cuando apenas tenía quince años, me arrancaron del mar, convirtiéndome para siempre, desde entonces, en un marinero en tierra.» Esa nostalgia del mar se manifiesta aquí en un deseo de no morir lejos de él, y, más exactamente, de que su voz, su palabra poética, no desaparezca con la muerte y vuelva a quedarse para siempre junto al mar. Es clara la analogía de este poema con las estructuras métricas de la lírica popular: un estribillo con la idea básica, y un desarrollo o glosa. El estribillo es un tipo de *soleá* (tres octosílabos con rima asonante en 1.º y 3.º). El resto, tras un verso de enlace, es una serie de octosílabos con asonancia en los pares, es decir, una glosa en forma de romance.

Destaca en los últimos versos el uso magistral del recurso llamado concatenación o encadenamiento de frases mediante la repetición, al

principio de cada una, de la última palabra de la frase anterior, procedimiento abundantemente utilizado por la poesía popular de la que, como ya hemos indicado, tan cerca está el poema de Alberti. Estas palabras repetidas —«ancla», «estrella», «viento» y «vela»— evocan imágenes marineras en las que se condensan la añoranza y las obsesiones del «marinero en tierra». Resplandece, pues, en esta cancioncilla la ligereza del ritmo y la gracia alada de la mejor poesía popular andaluza; en suma, la intensidad poética, la belleza.

245. LOS ÁNGELES MUERTOS

Buscad, buscadlos:
en el insomnio de las cañerías olvidadas,
en los cauces interrumpidos por el silencio de las basuras.
No lejos de los charcos incapaces de guardar una nube,
unos ojos perdidos,
una sortija rota
o una estrella pisoteada.
Porque yo los he visto:
en esos escombros momentáneos que aparecen en las neblinas.
Porque yo los he tocado:
en el destierro de un ladrillo difunto,
venido a la nada desde una torre o un carro.
Nunca más allá de las chimeneas que se derrumban
ni de esas hojas tenaces que se estampan en los zapatos.
En todo esto.
Mas en esas astillas vagabundas que se consumen sin fuego,
en esas ausencias hundidas que sufren los muebles desvencijados,
no a mucha distancia de los nombres y signos que se enfrían en las paredes.

Buscad, buscadlos:
debajo de la gota de cera que sepulta la palabra de un libro
o la firma de uno de esos rincones de cartas
que trae rodando el polvo.
Cerca del casco perdido de una botella,
de una suela extraviada en la nieve,
de una navaja de afeitar abandonada al borde de un precipicio.

(Sobre los ángeles, 1929)

El libro *Sobre los ángeles* significó un cambio radical en la poesía de Alberti. Parece ser que nació de una crisis personal y, sobre todo, estética, re-

lacionada con el surrealismo vanguardista de la época. Los ángeles son símbolos oníricos de las fuerzas y pasiones del propio autor que, según sus propias palabras, se le revelaron «no como los cristianos, corpóreos, de los bellos cuadros y estampas, sino como irresistibles fuerzas del espíritu, moldeables a los estados más turbios y secretos de mi naturaleza. Y los solté en bandadas por el mundo, ciegas reencarnaciones de todo lo cruento, lo desolado, lo agónico, lo terrible y a veces lo bueno que había en mí y me cercaba»⁹². Es un libro de verso libre, complejo, hermético, de imágenes surrealistas muy densas, desconcertantes, pero poderosamente expresivas, que crean un mundo onírico y alucinante, aunque los títulos dan un poco de luz a una posible interpretación de los poemas.

El poema «Los ángeles muertos» es, en un recorrido sonámbulo, un delirante acercamiento —al que se nos conmina con el repetido verso «buscad, buscadlos»— al territorio deshabitado del olvido: las ruinas, los desechos, los escombros, la suciedad, las basuras, los restos inmisericordes de lo que fue vida, para, en sus cercanías, encontrar revoloteando lo que el poeta, en su mundo interior, ha visto y ha tocado: los ángeles de la muerte. Los principales procedimientos literarios son el uso de las enumeraciones caóticas —muy frecuente en la poesía surrealista—, continuas anáforas y paralelismos que confieren al poema un ritmo muy marcado. Y de todas las imágenes surrealistas, tan impresionantes, creadoras de un halo o una intangible atmósfera de irrealidad, podemos quedarnos con la de los «ojos perdidos» y las dos últimas: la «suela extraviada en la nieve» y la «navaja de afeitar abandonada al borde de un precipicio», que evocan ciertas imágenes icónicas surrealistas, como, por ejemplo, las de cuadros de Dalí o de algunas secuencias cinematográficas de Buñuel, ambos compañeros del poeta en la Residencia de Estudiantes.

246. ABRIL, 1938

¿Otra vez tú, si esta venida
más que imposible me parece,
puesto que sube y reverdece
en tan tremenda sacudida?

¿Otra vez tú, tan sin medida
tu corazón, que estalla y crece,
mientras la tierra lo enriquece
de vida muerta y nueva vida?

⁹² *La arboleda perdida* (1959), Barcelona, Seix Barral, 1975, pág. 264.

¿Otra vez tú poniendo flores
sobre la tumba improvisada,
sobre el terrón de la trinchera
y esa apariencia de colores
en esta patria desangrada?
¿Otra vez tú, la Primavera?

(*Capital de la Gloria*, 1936-1938)

El título nos sitúa temporalmente en la primavera de 1938, en plena Guerra Civil Española; y, aunque el poema pertenece a *Capital de la Gloria*, no hay en este caso nada del tono testimonial o políticamente comprometido que predomina en el citado libro, al plantearse aquí la guerra civil en general y no desde uno de los dos bandos. El soneto eneasilábico se estructura mediante cuatro interrogaciones retóricas que comienzan con la repetición anafórica «¿Otra vez tú...?». Las dos primeras corresponden a los cuartetos, pero la tercera abarca los tres versos del primer terceto y dos del segundo, y el último verso de este terceto presenta la pregunta final a manera de epifonema. En las tres primeras interrogaciones se desconoce el «tú» a quien se dirige líricamente el poeta; la última palabra, «Primavera» —con mayúscula—, es la clave lírica que da sentido a todo el poema. Alberti expresa así poéticamente su asombro ante la llegada de la primavera, que significa el nacimiento generoso y desbordante de la vida (explosión vital reverdecida, «flores» y «colores»), en contraste con la muerte y destrucción de la guerra («tremenda sacudida», «vida muerta», «tumba», «trinchera», «patria desangrada»). Tanta pregunta retórica —sobre todo, la última— muestra también un cierto tono de reproche por la exultante y casi impúdica llegada de la primavera en una tan trágica situación. Este poema es, pues, un nuevo y excelente eslabón de la larga cadena poética, de estirpe romántica, que trata la impasibilidad de la naturaleza ante el dolor de la existencia humana.

247. GALOPE

Las tierras, las tierras, las tierras de España,
las grandes, las solas, desiertas llanuras.
Galopa, caballo cuatralbo,
jinete del pueblo,
al sol y a la luna.

¡A galopar,
a galopar,
hasta enterrarlos en el mar!

A corazón suenan, resuenan, resuenan,
las tierras de España en las herraduras.
Galopa, jinete del pueblo,
caballo cuatralbo,
caballo de espuma.

¡A galopar,
a galopar,
hasta enterrarlos en el mar!

Nadie, nadie, nadie,
que enfrente no hay nadie;
que es nadie la muerte si va en tu montura.
Galopa, caballo cuatralbo,
jinete del pueblo,
que la tierra es tuya.

¡A galopar,
a galopar,
hasta enterrarlos en el mar!

(*Capital de la Gloria*, 1936-1938)

«Galope» pertenece a la producción literaria del Alberti como «poeta en la calle»: una poesía de urgencia, civil o comprometida, un arma política —a veces panfletaria— al servicio de la causa republicana durante la Guerra Civil Española. Lo que el poeta plantea, y en este caso con alto nivel poético, es la exhortación entusiasta a derrotar y expulsar definitivamente a los considerados por él enemigos del pueblo, o sea, el bando nacional o franquista que se levantó en armas contra la República. Las tres estrofas, la repetición tres veces del estribillo y las tríadas de palabras («las tierras, las tierras, las tierras»; «suenan, resuenan, resuenan»; «nadie, nadie, nadie») y estructuras crean un marcado ritmo ternario, casi agresivo, de galope entusiasta, que retumba incontestable e *in crescendo*, y expresa el sentimiento exultante de la victoria, simbolizada por ese caballo que, cabalgado por el pueblo, todo lo arroja a su paso por las anchas tierras de España.

Pasadas aquellas circunstancias fatídicas de la historia española, el poema de Alberti sigue resonando con la misma vibración apasionada y rítmica, pero ahora —es lícito suponerlo— para proclamar la lucha sin cuartel contra tantos enemigos de toda época y ocasión, como son

los hipócritas y cínicos, los injustos y corruptos, los fanáticos y violentos, etc.; en resumen, y como decía Machado, esa «mala gente que camina / y va apestando la tierra».

248. «SE EQUIVOCÓ LA PALOMA...»⁹³

Se equivocó la paloma.
Se equivocaba.
Por ir al norte, fue al sur.
Creyó que el trigo era agua.
Se equivocaba.
Creyó que el mar era el cielo;
que la noche, la mañana.
Se equivocaba.
Que las estrellas, rocío;
que la calor, la nevada.
Se equivocaba.
Que tu falda era su blusa;
que tu corazón, su casa.
Se equivocaba.
(Ella se durmió en la orilla.
Tú, en la cumbre de una rama.)

(*Entre el clavel y la espada* [1929-1940], 1941)

Es éste un «extraño» poema que escapa a una interpretación única y concreta. Hay en él dos protagonistas, la paloma y un tú femenino, indirectamente aludido, y se puede enunciar el tema como la desorientación o continua equivocación de la paloma en la intensa búsqueda, siempre infructuosa, de algo que no se sabe exactamente qué es. Al final —en los dos últimos versos, escritos entre paréntesis y que rompen intencionadamente el marcado ritmo del poema—, la misteriosa «paloma» y el no menos misterioso «tú» parece que se encuentran definitivamente separados. Indudablemente, estamos ante un poema simbólico, casi onírico, al que se le han buscado diferentes interpretaciones

⁹³ Seguramente es éste el poema más conocido y difundido de Alberti, porque, traducido a muchos idiomas, fue musicado y convertido en canción de enorme éxito por el compositor argentino Juan Carlos Guastavino; y quizá la mejor versión haya sido la italiana, cantada por Sergio Endrigo.

que van de lo personal a lo político, pasando por lo amoroso. Pensamos que lo más acertado es dejarse llevar por lo que transmite de mágico y misterioso, que es en donde reside lo único cierto: la sugestiva belleza del texto.

1. «Cuando llegué a París mi estado espiritual era negro, desesperado [...], apoderándose de nosotros los recién exiliados españoles, el túnel de la más tremenda incertidumbre. En Francia no había escrito aún ninguna poesía [...] pero una de aquellas noches, de las más solitarias, poseído de no sé qué extraños impulsos, comencé a escribir una canción, cuyo comienzo era "Se equivocó la paloma. / Se equivocaba. / Por ir al norte fue al sur...". Cuando llegué al final me quedé sorprendido: "Ella se durmió en la orilla. / Tú en la cumbre de una rama." No comprendía yo cómo en aquel sumergido estado de angustia en que me hallaba me había podido salir una canción como aquélla. La leí, la releí, no hallándole ni el más remoto rastro del estado que me invadía. Era un misterio su aparición. Abriéndose vuelo entre los cielos y campos de muerte que arrastraba conmigo, aquella paloma había llegado hasta mis manos, traspasándola con aire de escritura a una hoja blanca de papel que tenía sobre la mesa» (Rafael Alberti, *La arboleda perdida*, 1959).

249. CANCIÓN 8

Hoy las nubes me trajeron
volando el mapa de España.
¡Qué pequeño sobre el río,
y qué grande sobre el pasto
la sombra que proyectaba!
Se le llenó de caballos
la sombra que proyectaba.
Yo, a caballo, por su sombra
busqué mi pueblo y mi casa.
Entré en el patio que un día
fuera una fuente con agua.
Aunque no estaba la fuente,
la fuente siempre sonaba.
Y el agua que no corría
volvió para darme agua.

(*Baladas y Canciones del Paraná*, 1954)

Desde su exilio en Argentina, Alberti expresa la nostalgia de España y, en particular, por su pueblo y por su casa. El recuerdo de su tierra llega mientras contempla los dibujos de las nubes en su vuelo, y las diversas formas que proyectan en la tierra. A medida que la sombra del mapa español se agranda y se puebla de caballos, la realidad de España se hace tan viva para el poeta, que se precipita en ella, seguro de encontrar en su fantasía lo que añora. Primero, cabalga en busca de su tierra; después, descubre la realidad que abandonó tras la guerra y se aproxima a ella: su pueblo, su casa, su patio y el agua de su fuente. Por medio de esta gradación decreciente, de lo general a lo particular, se interna dentro de la casa y oye el sonido del agua. Un viaje rápido e intenso de un jinete que anhela volver a sus orígenes desde la doble lejanía temporal (alrededor de 1954) y espacial (Argentina), desde el hoy del primer verso hasta el pasado de todo el poema. Un viaje posible gracias al encadenamiento de los versos.

El caballo es símbolo de ímpetu vital, y el agua, del tiempo que pasa y regresa en la memoria. De la misma manera que a Antonio Machado, también a Alberti el sonido de la fuente le habla de añoranza y de recuerdos, y a la vez sacia su sed melancólica al evocar los lugares más queridos. La utilización de recursos propios de la lírica tradicional: repetición, paralelismo, concatenación, verso octosílabo y rima asonante en los pares, contribuyen a transmitir la importancia del reencuentro con la tierra perdida y nunca olvidada.

MERCEDES CHOZAS⁹⁴

1. Entre los homenajes poéticos que se le han brindado a Alberti, leamos este «Homenaje a Rafael Alberti» de Carlos Sahagún, formado por dos partes: 1. «Si tú eras el alba más clara / ¿por qué no alumbran tus palabras / la noche cerrada de España? // Eras tú la jardinería, / y el airecillo mañanero, / y el amigo de cada día. / A caballo, por los campos, / buen jinete parecías, / y en el mar, buen marinero / cantando en la lejanía. // Vino un mal viento y se llevó los barcos, / y con los barcos, la alegría.»

2. «Pues la noche da miedo, / madre, que venga el alba. / Hay un hombre a la orilla del mar / esperando que salga. // A la luz del alba, marinero. / ¡Volved a la luz del alba / con todos los compañeros!» (*Estar contigo*, 1973).

⁹⁴ Profesora de Literatura y escritora.